

Los Perros de Santa Ana

Por: **Juan José Laforet**

No es la primera vez que se retiran los canes que más han ladrado en esta capital desde su supuesto bronceo silencio. En algunas ocasiones, como cuando se restauró la plaza mayor de la ciudad por última vez, en los años noventa del pasado siglo, fueron muchas las voces e ingentes los chorros de tinta que se vertieron en defensa de un grupo escultórico que a lo largo de un siglo de presencia urbana se convirtieron no sólo en un verdadero símbolo de la ciudad, sino en una parte muy viva de la memoria personal de muchos de sus vecinos -son miles los niños de todas las generaciones que han tenido y tienen una foto subidos a estos perros-. No es de extrañar que ahora, cuando se retiran para una necesaria labor de restauración y mantenimiento, se haya despertado de nuevo el interés y cierta preocupación entre el vecindario, que no deja de mostrar su interés por que pronto esta peculiar jauría vegueteña, cazadores de sueños, de sentimientos, de memorias colectivas, campe íntegra de nuevo desde la inmovilidad por sus predios santaneros.

Sin embargo, esto no fue siempre así. Cuando se colocaron, allá por el año 1895, por iniciativa del alcalde Felipe Massieu, para rematar de alguna forma las obras de remodelación, mejora y embellecimiento que entonces se dieron en la plaza que lleva el nombre de la Patrona de la Ciudad, Santa Ana, fueron muchas las voces discordantes con esta iniciativa, que no se veía muy adecuada para la dignidad, la suntuosidad y la importancia señera que tenía aquel lugar principal de la ciudad. Ejemplo de ello fue un extenso editorial publicado por el periódico “El Defensor de la Patria” que se oponía rotundamente, por el aspecto denigrante que traería la presencia de aquellos “bardinos” a lo ojos de propios y foráneos. Es más, decía que con ello la Plaza Mayor pasaría a ser “¡PERRERA INCONDICIONAL!”

Pero esto no fue así, y poco a poco, a estos perros les ocurrió casi lo mismo y al mismo tiempo que a la parisina Torre Eiffel que no gustaba y a punto estuvo de sucumbir -se salvó en una ocasión por un sólo voto del Consejo de Ministros galo-, pues poco a poco fueron entrando en el orbe de la memoria colectiva de vecinos y viajeros, que los identificaron como hermosos, elocuentes y adecuados símbolos urbanos de ambas capitales a lo largo de todo el siglo XX.

Los perros de la Plaza de Santa Ana, obra en hierro colado del escultor francés Alfred Jacquemar (París 1824), cuyas iniciales (A.J.) se encuentran en las esculturas, llegaron envueltas en cierta leyenda que llegué a escuchar, con ciertas y diversas variaciones, a muchas personas casi coetáneas a este grupo escultórico o que a su vez la habían escuchado de sus padres; el propio Néstor Álamo me la llegó a comentar también en algunas ocasiones. Por lo visto Felipe Massieu los recibió como muestra de gratitud del capitán de un buque francés que, camino de Sudáfrica, tuvo problemas y debió recalar por aquí durante una larga estancia, en la que él y su tripulación fueron muy bien acogidos y atendidos por la población y sus autoridades, algo fundamental en aquellos tiempos en que el Puerto de La Luz comenzaba a emerger en

aguas de Las Isletas. Sin duda se trataba de esculturas producidas por el taller francés Vald'Osne -también está grabado este nombre en las estatuas perrunas-, que se transportaban para el embellecimiento urbano de algunas ciudades sudafricanas. Si de este taller existen muestras de este tipo de mobiliario urbano en diversas ciudades europeas, como en Rotterdam, también sé de perros similares a estos en Londres y en Málaga, que he podido fotografiar personalmente y tienen las mismas iniciales de A.J., pues este escultor trabajó durante muchos años para esta empresa que tanto prestigio y clientes tuvo en aquellos años finiseculares.

Si Víctor Doreste, en su deliciosa obra "FAYCÁN", les dio vida, les puso nombres y los hizo corretear por el cauce, entonces abierto, del barranco del Guinigüada entre Vegueta, Triana y los Riscos, lo que contribuyó a partir de la década de los años sesenta del siglo pasado a asentarlos definitivamente en la memoria colectiva de la ciudad, es lógico que ahora se perciba una inquietud colectiva, que se muestra muy interesada por los trabajos que hacen que deban ser retirados por unos días, pero estoy convencido que pronto todos volverán a aullar silentes y satisfechos a esa luna llena del alma vecinal de Las Palmas de Gran Canaria.